

observador como Bacón y un vidente como San Francisco; sus promesas tienen mucho del profeta Isaias y del viajero Marco Polo. Por un lado ve la idolatría concluída, la regeneración del Asia verificada, el Preste Juan de las Indias bautizado, el Redentor puesto en los altares de todos los continentes á la cabeza de toda la humanidad, el nombre de Dios conducido en alas de las brisas por Él desatadas, á luminosos horizontes por Él agrandados. Jerusalén cristianizada, la colina de Sión convertida en templo de los espíritus, el Santo Sepulcro rescatado, la Iglesia católica saludada por todos los confines del planeta; mientras, por otro lado, junto á todos estos espirituales bienes, descubre y promete mares llenos de perlas, ríos dulces como si fueran de mieles, territorios infinitos oliendo á embriagadoras especias, bosques de canelas, jardines de flores perennes sobre cuyos rosales cantan coros de aves en voz siempre, murallas de plata, palacios de oro, torres de brillantes y esmeraldas, una copia increíble de riquezas, un paraíso interminable de goces y placeres, merced al rejuvenecimiento y exaltación de la vida. Estas dobles alucinaciones místicas y sensuales constituyen una parte capital de su inteligencia, como ese doble cuidado de la idealidad más alta y del interés más egoísta constituye otra parte capitalísima de su moral. Alucinábase como un extático sin abandonar nunca la ganancia como un mercader. Codiciaba tanto el sol de la ciencia para su espíritu como el oro sonante y contante para su bolsillo. Su deseo de rescatar el Santo Sepulcro no empejaba en su ánimo al deseo de alzarse con una pingüe renta. Iba en pos de fieles para

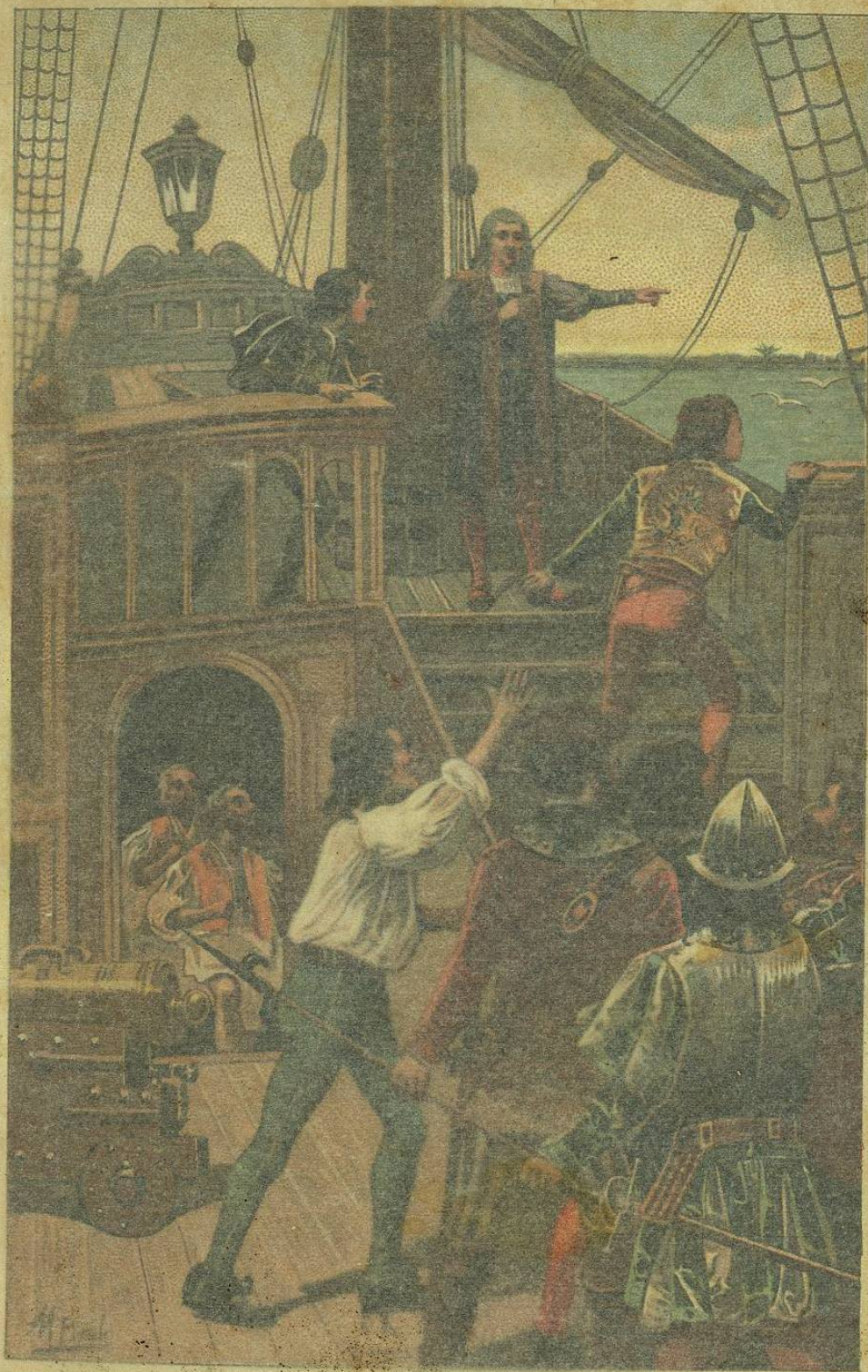
la Iglesia, de súbditos para los reyes, de dominios para la corona, de soldados para la última cruzada, y de cuartos para sus hijos. Lo mismo explayaba su alma en una letanía mística semejante á las floretas de Asís, que concentraba su cálculo en comprar unas cargas sobre las carnicerías de Córdoba para sustento de su querida manceba. Tal Dios lo hizo y tal aparecerá en la historia. El egoísmo de sus cálculos no empejaba nunca, no, al reconocimiento de la grande abnegación que generó su obra. El que haya querido con codicia reunir unos cuantos dineros más á su peculio, no le obscurecerá la gloria de haber con sus alucinaciones sobrehumanas agrandado el cielo y sembrándolo de miriadas y miriadas de astros, al descubrir sin quererlo y sin pensarlo un continente nuevo dividido en dos hemisferios. ¡Cuáles instantes para Colón aquellos que precedieron al encuentro de América! Corrientes de vívida electricidad por sus nervios, relámpagos de súbita inspiración por su alma, profecías misteriosas en sus vibrantes labios, adivinaciones en sus extáticos ojos, absorción de todo el sér en una idea, efusiones de regocijo por todo lo que aguardaba unidas con lágrimas de pena por todo lo que había sufrido hasta entonces, recuerdos convertidos hacia las personas amadas y acción de gracias á Dios, una especie de segunda vista sincrética transparentándole todos los objetos circunstantes para que penetraran en el espacio donde surgía el Nuevo Mundo y una grande anticipación de su gloria en la posteridad: he ahí el estado suyo á esta hora suprema.

Eran las nueve de la noche, jueves, 11 de Octubre.

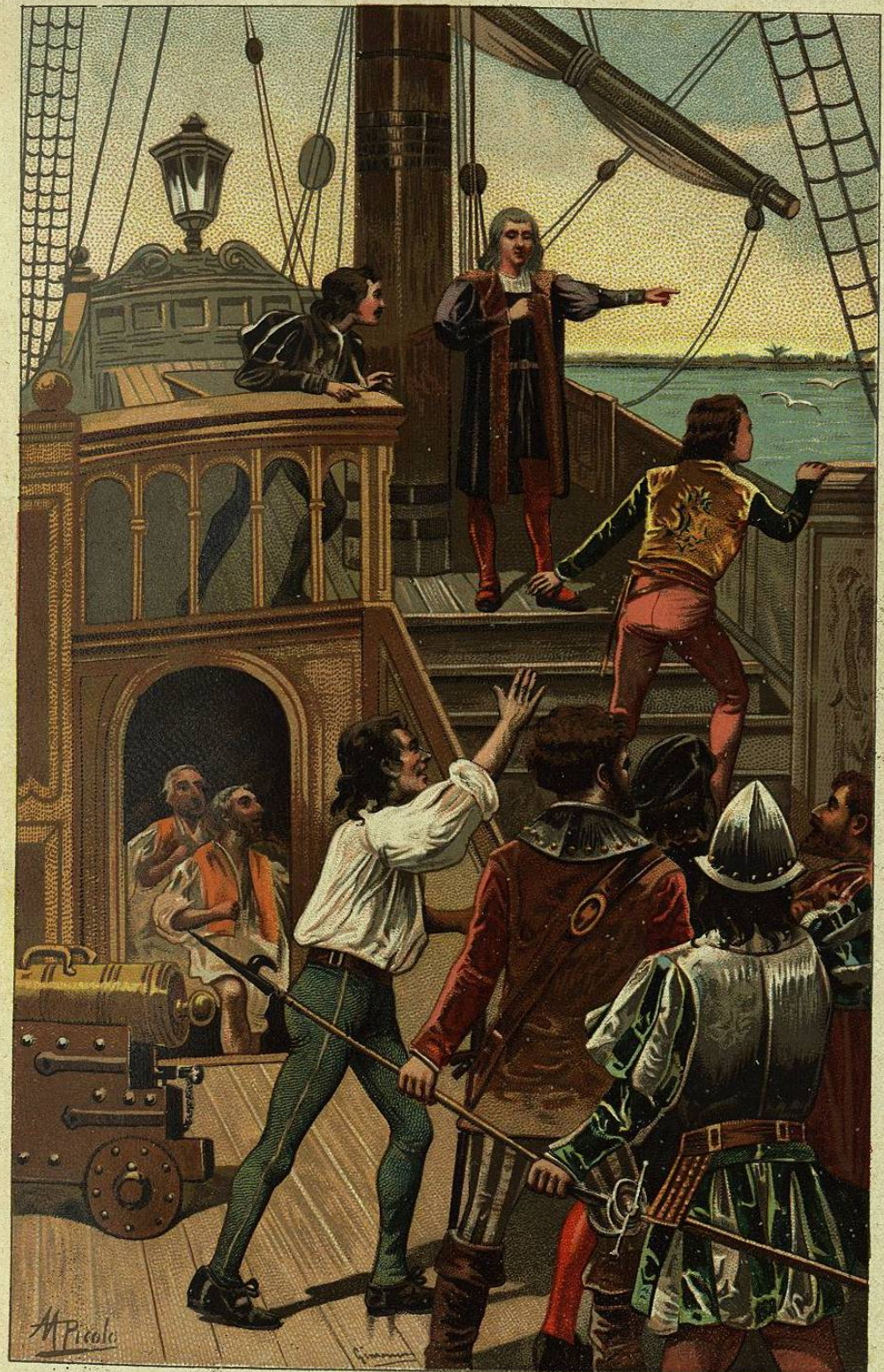
Colón, cumplidos los rezos diarios y recapacitada la situación suya, subió á cubierta con sumo reposo y miró el espacio hacia Occidente con suma curiosidad. Nadie le acompañaba. Solo con su pensamiento iba escudriñando lo infinito con avizora mirada. Después de las quejas más ó menos reprimidas y de los sobresaltos más ó menos patentes, la expedición sólo había encontrado una dificultad: las hondas supersticiones de los tripulantes. Tranquilo el mar, serenísimo el cielo, dulce la brisa, buena la salud á bordo, sin una tormenta en los aires y sin un escollo en el agua, Colón, quien, á diferencia de nuestros sabios modernos, tan materialistas por regla general, no se creyó nunca solo en el universo, juguete de la ciega fuerza material, sino de Dios acompañado y asistido por su Providencia, en una efusión magnífica de su esperanza, dió gracias al cielo con mudas palabras, no sólo sin sonido, sin forma casi, en su íntima espiritualidad. Su previsión, la cual debía llamarse, por firme, completa evidencia, lo mantuvo más vigilante que nunca y de pie sobre cubierta. Todos á una velaban igualmente con él. ¿Quién duerme cuando hay muerte en casa ó se aguarda un próximo nacimiento? Parecido el sueño á la muerte, cualquier accidente nos lo quita, sintiéndolo y lamentándolo mucho siempre las pobres criaturas, siquier la vigilia sea vida: que tan grato nos es el morir á diario. Decir que se ha dormido poco equivale á decir que se ha vivido mucho; y nos gozamos en esta muerte periódica, prelude de la eterna muerte. Colón apenas había desde Palos dormido; entre sus compañeros ninguno durmió aquella

noche del 11. Hallándose completamente solo, pues cada cual velaba desde su correspondiente sitio y todos cumplían su facción respectiva, tras una hora de reconcentrada fijeza en el ambiente, dió un grito su garganta, porque había dado un vuelco su corazón. Acababa de ver una luz terrestre, una luz diversa por completo de los astros celestiales y de los fosforeos oceánicos. No solamente distingue al hombre de los demás animales la idea que lleva como un verbo divino invisible sobre su cabeza: lo distingue la llama que lleva en sus manos y que ha encendido con su industria. Ningún animal sabe hacer fuego. La tenue luceilla, columbrada por el Almirante, crecía y menguaba y andaba en opuestas direcciones, como una candela que se moviese á la mano y vacilase al movimiento. No pertenecía por su duración á los pasajeros aerolitos, frecuentes en aquellas inmensas perspectivas; no pertenecía por su color y por sus dimensiones y por su singularidad á las piedras candentes y luminosas lanzadas por los volcanes y sus eruptivas lavas; no era fuego fatuo, que fosforea como el fuego marino, y menos aun estrella que resplandece por las alturas etéreas: era, ó la llama de un hogar, ó la tea de un viandante. Adivinóla él, entre todos, porque ningún marino contempló nunca el polo inmóvil, que le fija un punto del cielo en su ruta por el mar, como este marino mirara el polo móvil, cuyos resplandores y centelleos esclarecían todas sus esperanzas, anunciándole con avisos bien ciertos el cumplimiento de proyectos bien maduros. Colón, meditando sobre su plan, tuvo despierto alucinaciones que debieron parecerle

sueños y dormido sueños que debieron parecerle alucinaciones. En aquella luz tan tenue reconcentrábanse al par el alma y la vida suyas: de ser verdad, la gloria inmortal; de ser mentira, la muerte tras la desesperación. Así, frotaba mucho sus ojos, como si quisiese azuzarlos con los puños á columbrar más y mejor aquel puntillo imperceptible casi en el horizonte inmenso. No estaba cierto de nada, en la confusión de ilusiones con realidades y en el recuento de antiguos desengaños sucedidos tras seguras esperanzas; y llamó al maestresala del Rey, quien se arrestó en Palos á seguirle, y que por su dignidad y posición estaba de él á la continua cerca, y le dijo cómo habían vislumbrado sus ojos una luz, y le preguntó si la veía él á su vez con sus ojos propios, más atestiguadores y más fidedignos por menos alucinados é hipnóticos. El maestresala respondió que veía la luz; y Colón, en su júbilo, no acertaba con la palabra propia del estado de su ánimo, en una efusión radiosa y comunicativa. Para cerciorarse más, llamaron al veedor de la flota, Rodrigo de Segovia. Pero, sin duda, como tenía encargo de ver, el veedor no vió nada. Cayó en la misma oscuridad anterior el horizonte y Colón en el mismo anterior anhelo. Pero la flotilla continuaba navegando muy de prisa y con viento muy fresco y próspero. Aunque soltaron pocos rizos, empujábala muchísimo la corriente continua. Colón pasó la media noche sobre cubierta, inmóvil, rígido, frío, como una estatua, absorto en contemplaciones parecidas á éxtasis. Sabía que más andadoras la *Pinta* y la *Niña*, por menos pesadas, eran las apercibidas mejor y más dis-



sueños y dormido sueños que debieron parecerle alucinaciones. En aquella luz tan tenue reconcentrábanse al par el alma y la vida suyas: de ser verdad, la gloria inmortal; de ser mentira, la muerte tras la desesperación. Así, frotaba mucho sus ojos, como si quisiese azuzarlos con los puños á columbrar más y mejor aquel puntillo imperceptible casi en el horizonte inmenso. No estaba cierto de nada, en la confusión de ilusiones con realidades y en el recuento de antiguos desengaños sucedidos tras seguras esperanzas; y llamó al maestresala del Rey, quien se acercó en Palos á seguirle, y que por su dignidad y posición estaba de él á la continua cerca, y le dijo cómo habían vislumbrado sus ojos una luz, y le preguntó si la veía él á su vez con sus ojos propios, más atestiguadores y más fidedignos por menos alucinados é hipnóticos. El maestresala respondió que veía la luz; y Colón, en su júbilo, no acertaba con la palabra propia del estado de su ánimo, en una efusión radiosa y comunicativa. Para cerciorarse más, llamaron al veedor de la flota, Rodrigo de Segovia. Pero, sin duda, como tenía encargo de ver, el veedor no vió nada. Cayó en la misma oscuridad anterior el horizonte y Colón en el mismo anterior anhelo. Pero la flotilla continuaba navegando muy de prisa y con viento muy fresco y próspero. Aunque soltaron pocos rizos, empujábala muchísimo la corriente continua. Colón pasó la media noche sobre cubierta, inmóvil, rígido, frío, como una estatua, absorto en contemplaciones parecidas á éxtasis. Sabía que más andadoras la *Pinta* y la *Niña*, por menos pesadas, eran las apercebidas mejor y más dis-



En Felipe C. Rojas Madrid